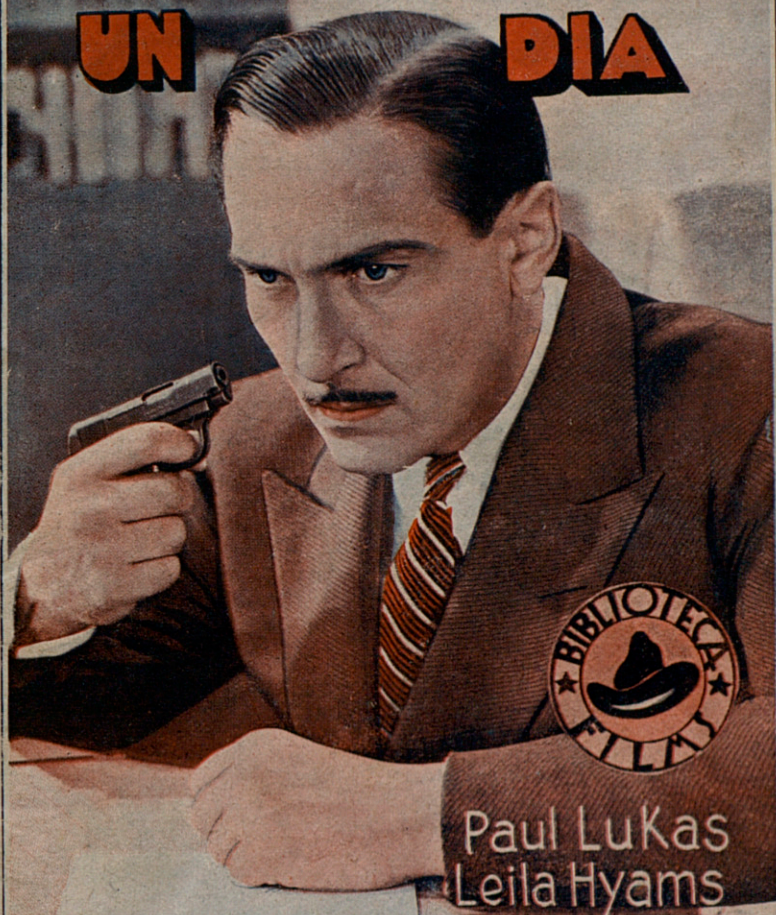


AMORES DE UN DIA



25 cts.



MARIN, Edwin L.

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO
RAMÓN SALA VERDAQUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barbarrá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XI

APARECE LOS MARTES

NÚM. 606

Affairs of a Gentleman, 1934
AMORES DE UN DÍA

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por

PAUL LUKAS y LEILA HYAMS

Narración literaria: Dr. F. JIMÉNEZ

EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

Mallorca, 220

Barcelona

REPARTO

Gresham.	PAUL LUKAS
Gladys Durland	LEILA HYAMS
Jean Sinclair	Patricia Ellis
Carter Vaughn	Phillip Reed
Lyn Durland	Onslow Stevens

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

Aquella mañana, Sato, el fiel cocinero chino de Víctor Graham, el novelista de moda, había llegado temprano de la compra y se disponía a ocuparse tranquilamente en sus quehaceres culinarios, cuando el inesperado ruido de un disparo le hizo soltar unas cuantas interjecciones en su lengua nativa, al mismo tiempo que echaba a correr pasillo adelante, precipitándose en el despacho de su amo.

Sus ojos asustados se tropezaron primeramente con el rostro terriblemente demudado de Flichter, el ayuda de cámara del señorito, que acababa de entrar en el cuarto, luego se desviaron hacia la mesa de trabajo del novelista y... un grito, un terrible grito de estupor y espanto salió de la garganta del chinito. Su amo aparecía muerto, la cabeza reclinada sobre el pupitre, las facciones contraí-

das por el último espasmo de la muerte, tan reciente, que el revólver con que se produjera estaba todavía humeante.

—Me hallaba en la habitación contigua, cuando oí el disparo — explicó Flichter —. Entré y...

—¿Por qué se *matalía*? — inquirió el chinito, cuando el estupor le permitió pronunciar alguna palabra.

—Es preciso llamar a la policía — sugirió Flichter.

—No, no la policía. Antes *yamal al señor Bindal* — repuso Sato.

Bindar era el editor de las obras de Graham. En aquel momento se hallaba en su despacho conferenciando con todo el cuerpo de jefes de publicidad de la casa. Comentaba las probabilidades del éxito que, a su juicio, podía obtener la última obra de Graham, una novela amorosa como todas las suyas, que, bajo el sugestivo título de "Fragilidad" iba a aparecer en el mercado tan pronto como el novelista le hubiese entregado el último capítulo que le faltaba.

—Pueden decir ustedes que cada mujer que está mezclada en el presente de Graham puede representar una novela en el futuro. En fin, algo por el estilo. Ya lo saben ustedes. La publicidad es la base de todo negocio.

En aquel momento, la secretaria del editor que había acudido a una llamada telefónica

se acercó a Bindar, con el rostro demudado.

—Señor Bindar, siento interrumpirle, pero... se trata de una noticia importantísima.

El editor miró a la joven con aire interrogante. Esta hizo un gesto como indicando que deseaba hablarle a solas y entonces Bindar despidió a sus subordinados.

—Señor Bindar — dijo la secretaria, con voz velada por la emoción —. Acaba de telefonar el ayuda de cámara de Víctor Graham, diciendo que éste acaba de suicidarse.

—¿Muerto? — interrogó Bindar, sin atreverse a dar crédito a sus oídos... ¿Es posible? ¡Qué ocurrencia, suicidarse sin haber terminado su última novela...! En fin, puesto que no tiene remedio... Si los diarios saben explotar el asunto nos harán la mejor propaganda para el libro — comentó cínicamente.

—Pero — hizo observar la secretaria — el libro no está terminado, falta el último capítulo.

—Nadie conoce este detalle excepto nosotros. Lo terminaré yo, y Santas Pascuas. Ahora voy por ella en seguida. Búsqueme a Vaughan y dígale que se prepare a salir conmigo inmediatamente.

Entretanto, en la casa del muerto, la policía se disponía a dar los primeros pasos encaminados a descubrir el enigma de la muerte del novelista. Y decimos enigma, porque po-

cos minutos después de haber empezado los interrogatorios, hubo de descartar inmediatamente la hipótesis del suicidio.

El primero en tener que contestar a las preguntas del inspector de policía, fué Flitcher.

—¿Lo encontró usted muerto al entrar en el despacho?

—Sí, sí, señor. Oí un disparo, y luego otro, corrí en seguida hacia el despacho para ver lo que pasaba y...

—“¿Un disparo y luego otro, dice usted?” ¿Cómo puede uno suicidarse y hacer dos disparos consecutivos en el intervalo de unos segundos? A menos que para probar la eficacia de las balas no se le hubiese ocurrido disparar antes al techo o a alguna figura... Sí fué humorismo, convendrán ustedes conmigo en que fué un humorismo trágico — comentó el inspector.

En aquel momento llamaron a la puerta. Era Nora Bennet, la secretaria del novelista.

—¿Qué pasa? ¿Qué quieren esos hombres? — inquirió extrañada.

El inspector, en lugar de dedicarse a satisfacer su curiosidad, empezó a interrogarla encarándose con ella, antes de que Flitcher hubiera tenido tiempo de contestar a su pregunta.

—¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Nora Bennet y soy la secre-

taria del señor Graham. Insisto en saber qué están ustedes haciendo aquí, a estas horas.

—¿Viene a trabajar usted siempre tarde?
— siguió interrogando el agente con aire imperturbable.

—No, señor. Estuve aquí antes. El señor Graham me mandó hacer algunas diligencias.

Y viendo el cadáver del novelista—¿Muerto? — gritó la secretaria cubriéndose el rostro con las manos. — ¡Muerto! — repitió—. ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Contamos con usted para que nos ayude a descubrirlo, señorita — insinuó el agente con aire melifluo—. Parece que se trata de un suicidio. —

—¿Suicidio? ¡Imposible! El señor Graham no tenía motivo alguno para tomar una determinación tan trágica. Más bien me inclino a creer en un asesinato. Sí, sí, un asesinato por celos. Alguna de esas mujeres...

—¿Qué mujeres? — interrogó el policía vivamente interesado. Tenía el presentimiento de que la secretaria del novelista podía hacerle algunas revelaciones interesantes.

—Anoche estuvieron aquí seis o siete mujeres capaces de todo. Eran las mismas que nunca le dejaban en paz. Siempre telefoneándole, telegrafándole... El estaba ya



—¿Conoce Vd. esto? ¿Sabe si pertenecía al señor Graham?

harto de todo eso... y habría dado cualquier cosa para deshacerse de ellas.

—¿Sabe usted cómo se llamaban? ¿Quiénes eran? —

—Puedo darle, si quiere, el nombre y dirección de todas las que estuvieron aquí anoche.

Otro de los agentes se acercó entonces a la secretaria, mostrándole un pequeño revólver.

Era el arma con la que se había cometido el suicidio, o el crimen, o lo que fuera.

—¿Conoce usted eso? ¿Sabe si pertenecía al señor Graham?

—Si ustedes me lo permiten — intervino entonces Flicher — yo puedo decirles algo apropiado de este revólver. El arma pertenecía a una señora que pasó aquí la noche. Lo tenía en su bolso de mano y mi amo se la quitó al introducir en él algunos billetes.

NIÑOS!!

Biblioteca de Aventuras Mickey

Dos historietas en cada libro, ilustradas con dibujos inéditos de **WALT DISNEY**

Amena traducción de **MARIA LUZ MORALES**

Tomo primero: **MIKEY Y SU JAZZ - MIKEY BOMBERO**

Tomo segundo: **MIKEY CAZADOR - MIKEY TAXISTA**

Precio de cada ejemplar: **1'50 pesetas**

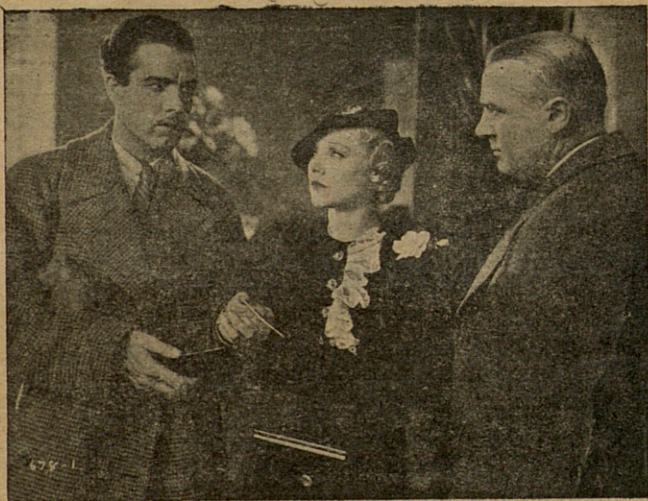
Pedidos: *Editorial "ALAS"-Ap.º 707-Barcelona*

SEGUNDA PARTE

Dos nuevos personajes hicieron entonces su aparición en escena. Se trataba de un hombre y una mujer, jóvenes ambos, elegantes. Ella, rubia, bellísima, iba vestida con arreglo al último figurín de la moda. El, alto, fuerte, moreno, con un aire inconfundible de "sportman". Era indudable que ambos pertenecían a aquel mundo que el novelista había acertado a describir tan de mano maestra en sus novelas.

En aquel momento no parecían estar en una tacitura muy amistosa. El hombre había cogido a la mujer por la muñeca y la llevaba casi a rastras, sin hacer caso de las protestas de ella que le seguía refunfuñando.

Entraron sin saludar a nadie, sin parar la atención en los agentes, sin fijarse en lo insólito de aquella escena, hasta que, llegados al centro mismo de la estancia, descubrieron el cadáver de Graham.



Y sacando su cartera tendió al agente una tarjeta.

— ¡Víctor! — exclamó la mujer — llamando al novelista por su nombre —. ¡Víctor! — repitió con voz ahogada.

— Me parece que ya nada tenemos que hacer aquí — fué el único comentario del hombre. Y reteniendo siempre a la mujer por la muñeca, se disponía a marcharse, cuando el agente le detuvo cerrándole el paso.

— Un momento, señores; antes de que se

marchen ustedes deseo hacerle a la señora algunas preguntas.

— Lo siento, pero por lo visto se trata de un crimen... Y no quiero que mi esposa se vea mezclada en un asunto como ese —. Contestó el joven con malos modos, disponiéndose a seguir su camino.

Pero allí estaba el agente para impedirlo, al mismo tiempo que con voz flemática se disponía a interrogarle de nuevo.

— ¿Sería usted tan amable de decirme cómo se llama? Esto para empezar solamente.

— Por supuesto — aceptó entonces el joven —, y sacando su cartera se apoderó de una tarjeta que le tendió al agente.

— ¡Señor Durland! ¿Es posible? Perdone usted, no le había reconocido.

— No tiene importancia — repuso entonces el llamado Durland. Y ahora espero que nos dejarán marchar sin importunarnos con ninguna pregunta. —

— Lo siento señor, pero debo cumplir mi deber por encima de todo — repuso el Agente imperturbable. Flicher acaba de decirme que la señora estuvo aquí esta mañana.

— En efecto, señor Inspector. Estuvimos los dos, pero no juntos. Ella vino primero. Está recogiendo fondos para una suscripción benéfica y vino a recoger su óbolo. Yo estuve, contré a Greham taciturno. Me dijo que es luego a buscarla. Mi señora había salido... En-

taba hastiado de la vida, que se aburría mortalmente. En fin parecía hallarse bajo los efectos de una crisis de pesimismo. No le dí importancia porque conocía a Graham y creía que se le pasaría pronto... y me marché. Eso es todo.

El inspector pareció satisfecho con aquellas explicaciones. Hizo un gesto como indicando que podían marcharse, y marido y mujer no se hicieron repetir la orden.

No pasó ni un minuto sin que apareciese por allí un nuevo personaje. Todos los antiguos amigos del muerto parecían haberse dado cita en su casa aquella mañana.

Esta vez, el recién llegado era Paul Bindar, el editor de las obras de Graham, acompañado de su subordinado, el joven Vaughan jefe de la sección de publicidad de la casa.

Después de las presentaciones de rigor, Bindar empezó a interrogar a todos los allí presentes.

—Bueno, ¿quieren ustedes decirme qué ha sucedido? ¿Se ha suicidado realmente, o se trata de un crimen? ¿Qué es lo que han logrado ustedes poner en claro?

El inspector, sin hacer ningún comentario se acercó entonces a la mesa de trabajo del escritor, cuyo cadáver había empezado a ponerse rígido, frío, impasible, revolvió algunos papeles y de pronto lanzó una exclamación de sorpresa. Acababa de encontrar algo de

extraordinaria importancia para él, a juzgar por la expresión de contento que se pintó en su rostro.

—Mire usted eso, señorita Bennet, y dígame si es de puño y letra del señor Graham.

Esta cogió el papel con manos temblorosas y obedeciendo a la insinuación del agente, empezó a leerlo en voz alta.

—“Certifico que nadie intervino en mi muerte” — decía el papel —. “Me quito la vida por mi propia voluntad”.

—En efecto, esta escritura es de puño y letra del señor Graham.

—Apostaría a que todo esto es consecuencia de lo de anoche — comentó Bindar, como hablando consigo mismo —. Si puede serle útil, no tendré inconveniente en explicárselo todo.

—“*Todo lo que ustedes digan puede sernos útil*” — repuso el inspector —. Porque todos ustedes estaban estrechamente relacionados con el muerto. Conocían su vida íntima, sus amistades, sus costumbres... y sus amores. Cuente usted, cuente usted lo que sucedió anoche en su casa.

—Nada de particular, en apariencia. Un bromazo que quiso gastarle a Graham una de sus antiguas amantes... Verá usted.

Y empezó el relato.

TERCERA PARTE

La antigua amante de Graham, a la que había aludido Bindar, era nada menos que Carlota Barbee, la célebre Carlota Barbee, conocida en todos los centros galantes de Nueva York. El pasado año, Carlota y Víctor Graham, habían sostenido unos amores tan cortos de duración, como turbulentos y estrepitosos, como correspondía a la naturaleza moral de sus protagonistas. Carlota, había creído *apuntarse un nuevo tanto* en sus célebres conquistas, mientras que el novelista había aceptado aquella aventura amorosa que se le ofrecía tan espontáneamente, como un nuevo campo de experimentación para sus novelas.

Cuando por la omnímoda voluntad del novelista, Carlota hubo de poner un punto final a sus amores, la joven, que sin quererlo había llegado a enamorarse pèrdidamente de Graham, decidió emprender un largo viaje, en

busca de otro hombre que la hiciera olvidar lo que ella llamaba su "fracaso sentimental". Cinco meses de estancia en París, y Carlota regresaba de nuevo a los Estados Unidos con la sensación de que esta vez "había caído en la trampa" y que lo que ella creyó aventura pasajera, llevaba camino de convertirse en una pasión avasalladora, tanto más fuerte cuanto que no era compartida.

Su primera visita fué para Bindar, el editor de las obras de Graham. Iba allí en busca de información. Quería saber quien gozaba ahora de los favores del novelista.

—¡Carlota Barbee! — exclamó Bindar, cuando el teléfono le anunció su visita. Y dirigiéndose a Vaughan y a una joven que le acompañaba, explicó:

—En ella se inspiró Graham para su "Música de Cámara". Viene de dar la vuelta al mundo. En cuanto a usted, señorita, sus dibujos me gustan. Llévase el manuscrito de la última novela de Víctor. Haga algunos esbozos, y tráigamelos. Pero para que puedan publicarse, será necesario obtener antes el visto bueno de Graham. Entretanto, tengan la bondad de pasar a la habitación contigua... y cuando haya cumplido con Carlota, seguiremos hablando.

Un cuarto de hora después volvía a aparecer sonriente.

—Esta Carlota es el mismísimo diablo.

Imagínense que ha organizado una fiesta "sorpresa" para esta noche, en casa de Graham. Piensa personarse allí acompañada de algunas de las heroínas de sus novelas, antiguas amantes, que se hallan ahora en situación de disponibles. Por supuesto, pienso asistir a la fiesta. Y usted también, Vaughan. Va a ser un espectáculo muy divertido.

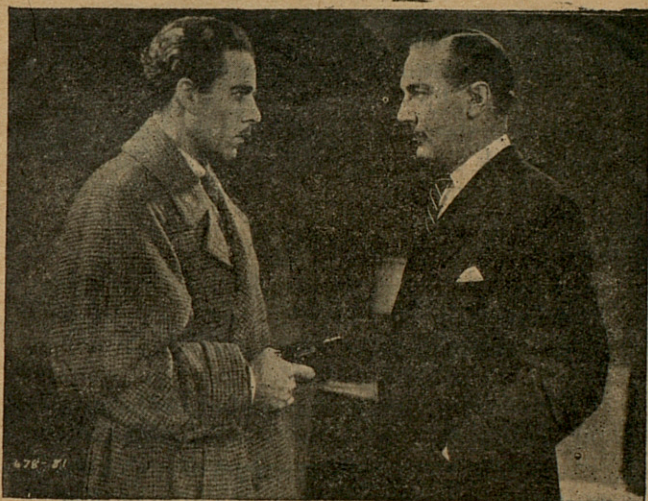
—Vaughan — suplicó la joven —, déjame ir contigo a la fiesta. Así tendré ocasión de hablarle a Graham de mis dibujos.

El joven se opuso terminantemente; pero cuando una mujer se empeña en salirse con la suya, triunfará, así se hunda el mundo. Así vemos aquella misma noche a Vaughan y la joven, encaminándose juntitos y solos a casa del novelista después de una cena exquisita en un restaurant de moda.

Jean era joven y ambiciosa. Quería triunfar como dibujante, y sabía que si Graham aceptaba sus dibujos, tendría el camino abierto.

Grande fué la sorpresa de Graham al encontrarse la casa invadida por aquella pléyade de mujeres hermosas.

Allí estaba Carlota Barbee, Gladys Durland, la amante de turno que representaba en aquel grupo de solteras a la casadita ideal... que engaña a su marido, porque se siente abandonada por éste. Una razón, una mala razón, para justificar el adulterio.



—¿Se ha suicidado o se trata de un crimen?

Había otras muchas; pero la más interesante, era Nan Fitzgerald, la primera amante del novelista, joven aún, pero enferma de un mal terrible, la tuberculosis.

—Si te propusiste ponerme en una situación desagradable, puede asegurarse que lo has conseguido plenamente — dijo Graham furioso, dirigiéndose a Bindar, a quien suponía autor de aquel bromazo.

La oportuna llegada de una de las mujeres, vino a interrumpir el diálogo.

—Vine sólo a despedirme, Víctor — le dijo —. A despedirme, porque voy a casarme con Frank Cunningham, mi antiguo prometido, de cuando tu y yo nos conocimos. Ahora ha vuelto a mi lado. Pasa por todo... con tal de que nos casemos.

—Te felicito, querida. Es infinitamente mejor que yo, te lo aseguro.

—Esto ya lo sabía antes, cuando le dejé por ti... y sin embargo...

Esta vez fué Gladys la que vino a interrumpir el diálogo.

—Víctor — le dijo, cuando Alicia se hubo retirado —. Tengo que darte una gran noticia. Mi marido se va mañana al sur, a tomar parte en un campeonato de golf. Estará fuera un mes entero. ¿Qué te parece si nos fuéramos juntos tú y yo al Lago?

—Gladys, tu andas mal de la cabeza — repuso Víctor —. ¿No comprendes que aquello estará ahora lleno de amigos tuyos y míos? Lo hago por tu reputación, Gladys, no olvides que eres una mujer casada.

—En otros tiempos no te preocupabas tanto de mi reputación — repuso ésta de malos modos.

Seguidamente le tocó el turno a Nan, la enferma, a cuyo encuentro se encaminó Víc-

tor, para librarse del asedio de la gentil casadita.

—Nan fué mi primera inspiración — explicó a Jean que estaba a su lado —. La heroína de mi mejor novela. En su amor hallé una fuente de bondad inagotable; pero en fin, no nos pongamos sentimentales...

Uno de los invitados se había sentado al piano atacando los primeros compases de un inspirado "blue", circunstancia que aprovechó Vaughan para invitar a bailar a Jean.

—No tengo ganas de bailar ahora — objetó ésta —. Quiero hablarle a Graham de mis dibujos. Baila tú con Carlota si quieres.

Graham se apresuró entonces a ir al encuentro de Jean, no para invitarla a bailar, sino para conducirla a una habitación contigua.

—He leído todas sus novelas — empezó a decir la joven—, y me parecen maravillosas. Sabe usted conmover el corazón femenino como nadie.

—En mis novelas tal vez — repuso Graham —, pero en realidad también...

—En la realidad también. Aquí están estas mujeres para acreditarlo.

—¡Bah! ¿Cree usted que han llegado a amarme? No le diré que Nan y yo no nos hayamos querido; pero ¡las otras! La felicidad en el amor fué siempre para mí un espejismo. La perseguí en vano y ahora que

creo haberla encontrado temo que sea demasiado tarde.

Jean comprendió que la conversación iba resbalando insensiblemente hacia un terreno demasiado peligroso y se apresuró a desviarla.

—Apropósito de su última novela. No sabe usted cuánto significaría para mí que usted se dignase aceptar mis dibujos para ilustrarla.

—Vuelva mañana, y prometo no hablarle de otra cosa; pero hoy, hoy...

Vaughan acababa de entrar en el saloncito.

—Jean — dijo —, me parece que ha llegado el momento de irnos.

—Esta no es razón para que usted venga a interrumpirnos—dijo Graham furioso.

Gracias a la oportuna intervención de Jean aquello no degeneró en disputa.

Cuando todos los invitados hubieron desfilado, Flitcher, vino a anunciarle que todavía quedaba una mujer en la casa. Era Nan.

—Déjame quedar aquí esta noche — suplicó a Graham —. Dame ese gusto.

—Quédate si quieres — repuso Graham—, y dime, ¿qué te trajo aquí hoy?

—Un presentimiento, Víctor; me pareció que te amenazaba algún peligro.

—¡Vaya con la irlandesita supersticiosa!

— comentó Víctor riendo, mientras la arropaba cuidadosamente.

Al día siguiente, se levantó Graham dispuesto a escribir el último capítulo de su novela. Pero la inspiración se le mostraba esquiva. Tan pronto adoptaba la resolución de matar al protagonista. Como compadecido de aquella pobre criatura, hija de su imaginación, se inclinaba a dejarla que siguiera viviendo. Al fin optó por entregarle el manuscrito a Flitcher.

—Quiero que leas eso y me digas como lo terminarías — advirtió.

Flitcher miró a su amo asombrado: ¿se habría vuelto loco?

—Todo consejo es bueno — continuo Víctor —, necesito terminarla hoy...

Cuando unos minutos después entró miss Bennet, la secretaria del novelista, lo primero que hizo fué preguntarle a Flitcher qué estaba haciendo el señor en aquel momento.

—Está leyendo el periódico, señorita — repuso el ayudante de cámara.

—¡Cielos! ¡lo que temía! Procure quitárselo cuanto antes. Trae el suicidio de Lucy Fanning, la actriz americana que fué a París a divorciarse. Ella es la heroína de "Fragilidad". Si el señor Graham lee la noticia, no termina la novela. Es capaz de romper lo escrito...

Tan bien se la arreglaron ambos, que cuando Graham, después de un corto intervalo empleado en responder a una llamada telefónica se disponía a reanudar la lectura del periódico, se encontró con que aquél había desaparecido misteriosamente y con el rostro tan feo como simpático de miss Bennet que le mostraba la correspondencia de aquella mañana.

—Despáchela como mejor le conveniga — suplicó Víctor —, espero una visita.

—Dígame, señorita — preguntó entonces Flichter, a miss Bennet —. ¿Qué tiene que ver la noticia de ese suicido con la terminación de "Fragilidad"?

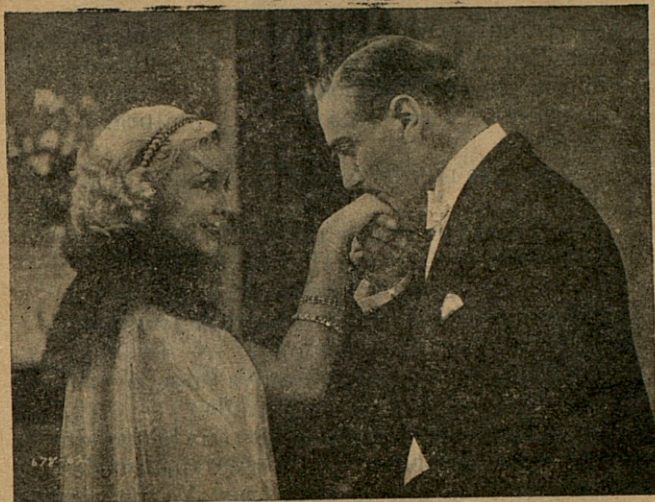
—La Fanning era su protagonista. Abandonó a su marido por amor al señor Graham. Lo único que se proponía éste era ayudarla a triunfar en Broddway. Quiso entonces divorciarse de su marido, actor también como ella, y entonces el señor trató de disuadirla. Ya ve usted los resultados.

Pronto llegó Gladys, la visita que esperaba Graham, cuyo primer gesto de saludo fué echarle los brazos al cuello.

—¡Víctor, amor mío; soy feliz, enteramente feliz bésame!

No había manera de negarse a aquella demanda. Víctor obedeció.

—Ayer — continuó ella —, cuando Luis se disponía a marcharse buscó algo para leer por



Su primera visita fué para Bindar, el editor de las obras de Graham.

el camino. Encontró una novela tuya. Era "Amorosa". Le chocaron ciertas particularidades íntimas de la heroína. Tú me has descrito allí de mano maestra. En fin, que lo comprendió todo. La heroína y su mujer eran una misma persona. Era imposible negarlo y lo confesé todo. Lo hice por nuestro amor, Víctor.

—¡Por nuestro amor! — exclamó Graham.

—Ni tú ni yo somos dos niños, para engañarnos. Eso que tu llamas nuestro amor tu sabes lo que es. Procuremos terminarlo como lo empezamos, como una simple aventura. Tu marido...

Gladys se mordió los labios. Adoptó un aire trágico y...

—Puede que tengas razón; pero yo no podré olvidarte jamás. ¿Qué hago ahora?

—Vuelve con tu marido. Si él viene, trataré de convencerlo de que tu conversación contigo fué un mal sueño.

Apenas había salido Gladys cuando apareció Carlota forzando la entrada.

—Víctor, he venido a decirte que he pasado una noche terrible, y que si crees que puedes deshacerte de mí, te equivocas. Yo no soy Gladys, ni Patricia, ni Peggy.

—Fletcher — dijo Graham una vez Carlota se hubo retirado —. Por segunda vez te lo digo, no estoy para nadie. Si telefonéan diles que me fui al Africa a cazar fieras.

Pero en aquel preciso instante llamaron a la puerta. Era Jean.

—¡Querida Jean! — dijo el novelista corriendo a su encuentro —. No esperaba que cumpliera usted tan pronto su promesa.

La joven se apresuró a sacar el cuaderno de sus dibujos.

—Fíjese usted en ese. Es el que más me gusta.

Y viendo que Graham, en lugar de mirar los dibujos la estaba contemplando arrobado, protestó:

—¡Pero si no los mira!

—Oh, sí desde luego, éste u otro, el que usted quiera!...

—Tengo un gran interés en conocer el final de su novela.

—Me parece que acabaré haciendo morir al protagonista. Ya gustó de todas las ilusiones. ¿Para qué seguir viviendo? Pero, ¿qué es eso? ¿Se marcha usted ya? ¡No lo haga, tengo que decirle tantas cosas!

—Miss Bennet — ordenó, dirigiéndose a la secretaria —. Póngase el sombrero y márchese a cobrar este cheque. No se dé prisa en volver.

Luego se acercó a Jean y la cogió por la cintura, sin que la joven opusiera resistencia. Iban sin duda a besarse cuando Fletcher entró.

El señor Durland está en el salón contiguo; insiste en verle.

—No se vaya usted, Jean — suplicó el editor —. Un asunto enojoso. Estoy de regreso en seguida.

Esta obedeció y no tardó en oír la voz del visitante insultando al novelista, llamándole escritorzuelo, explotador de mujeres y otras lindezas. Debó sacar un revólver amenazán-

dole con matarle a juzgar por la respuesta de Graham, que con voz persuasiva le decía:

—Le advierto a usted que el melodrama ha caído completamente en desuso; yo no le aconsejaría el asesinato, aunque sólo fuera por el buen nombre de su familia. Usted no supo querer a su señora; ella se vengó flirteando conmigo, eso es todo. No haga caso de lo que se dice en la novela "Amorosa". Los escritores nos dejamos arrastrar a veces por la fantasía.

Pero el marido debía ser un hombre difícil, por cuanto se oyó su voz indignada que decía:

—¡Basta ya de patrañas! No creo ni una palabra de lo que usted me dice.

Y entonces los dos hombres vieron aparecer a Jean, que dirigiéndose hacia Graham, le echaba los brazos al cuello al mismo tiempo que le decía:

—Víctor, ya tengo pasajes. Embarcamos pasado mañana en el "Magnetic".

—¿Embarca usted con ese hombre? — preguntó Durland con malos modos.

—Sí, es mi futuro marido. Nos casamos mañana...

—Perfectamente — dijo el marido —. No estoy seguro de que no están representando una comedia. Para convencerme voy a traer a mi mujer aquí para que repitan todo eso delante de ella...



— Pero... ¿que es eso?

Y se marchó, con el mismo aire digno y ofendido con que había entrado.

—Fingió usted muy bien para salvarme — agradeció Víctor, acercándose a la joven.

—Tal vez no fingí, Víctor; es que... — repuso ésta con voz temblorosa.

Entonces se oyó una voz femenina que decía:

—Víctor, ¿quieres darme un cigarrillo?

Era Nan, que acababa de aparecer en el dintel del cuarto del escritor.

Al ver a éste y a Jean abrazados, intentó retroceder; pero ya era tarde.

Jean miró a la joven, miró a Víctor con una expresión de desprecio infinito. Huyó de los brazos de Graham para dirigirse a la puerta.

—No hable usted, Graham; todo sería inútil — atajó, viendo que éste intentaba retenerla —. Ahora lo comprendo todo. ¡Por poco soy la protagonista de su última novela!

Un cuarto de hora después, Graham, preocupado y taciturno, se sentó frente a su mesa de trabajo con ánimo de terminar su última novela.

Flitcher apareció en la puerta tímidamente.

—Señor Graham, la señorita Nan acaba de marcharse. Me ha dado esta carta para usted.

—Otra cadena que se rompe — comentó resignadamente, cuando hubo leído la carta de la joven en la que ésta le anunciaba que se iba para siempre, al mismo tiempo que le pedía perdón por su intromisión inoportuna. Y dirigiéndose a Flitcher le preguntó a quemarropa:

—Oye, Flitcher. ¿No has pensado nunca en el suicidio?

—¿Quien no ha pensado alguna vez en suicidarse? — repuso el criado —. ¿Por qué

me hace el señor esta pregunta? Es que acaso ha pensado...

—Lo adivinaste, Flitcher. ¿Qué hago yo en el mundo? La vida no puede darme más. Veamos que puede darme la muerte.

—No la haga el señor mientras esté yo en casa — repuso el criado en el mismo tono de broma, asumido por su amo —. Piense que podría comprometerme...

¡Oh! eso se arregla pronto — repuso Graham. Y apoderándose de papel y pluma escribió de su puño y letra:

“No se acuse a nadie de mi muerte. Me quito la vida por mi propia voluntad.”

—¿Basta con eso? Ahora vete; déjame morir en paz conmigo mismo. ¿No me deseas buen viaje? — Preguntó Graham humorísticamente.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

**Precio
UNA PA.**

CUARTA PARTE

Flitcher salió de la habitación convencido de que su amo estaba loco. No había andado dos pasos cuando le sorprendió el ruido de un disparo. Retrocedió en seguida y...

—¡Nada, ni a tiros consigo inspirarme! — dijo Graham, mirando sonriente el rostro demudado de su criado.

—Ya lo comprendo, usted quería sentir el fin de su novela. El protagonista se suicida, ¿no es eso? Me ha interesado mucho la pobre actriz. Aproposito, su secretaria me dijo que le diera eso.

Era el recorte en que se anunciaba el suicidio, en París, de la joven actriz americana que había ido allí a divorciarse. El último capítulo de la novela amorosa del novelista.

—Dichosa de ella — comentó Graham entre cínico y compasivo —. Ha dejado de sufrir.

—¿Sabe usted como terminaría yo la nove-

la? — dijo entonces el criado con una entonación extraña —. Por ejemplo, al librarse de ella, el autor toma un camarero... al que un día anuncia que tiene el propósito de suicidarse. ¿No se le ha ocurrido pensar en el suplicio del marido, el actor, que bien pudo estar enamoradoísimo de su mujer? Este marido encontraría que el suicidio es poco, para castigar al que infiltró el veneno en el alma de su mujer. Pensará que hay que asesinarlo. Nada más fácil para un actor, que hacerse pasar por un criado. Y le diría: "Graham, mañana me embarco para Europa para recobrar el cuerpo de mi esposa, pero antes de partir pondré fin a su novela".

Graham lo comprendió todo. Miró a su criado con más asombro que miedo y...

—Gracias, Fanning, era el fin que le correspondía — dijo al recibir la bala en mitad del corazón que le causó la muerte.

Era verdad. Era el mejor final que podía poner Graham a la novela de su propia vida.

FIN

Ediciones Biblioteca Films

UNA peseta el tomo

Producciones nacionales y filmadas en español

DON JUAN DIPLOMATICO	Celia Montalván
EL EMBRUJO DE SEVILLA	María L. de Guevara
UN HOMBRE DE SUERTE	Roberto Rey
CASCARRABIAS	Ernesto Vilches
LA VOLUNTAD DEL MUERTO	Antonio Moreno
SU NOCHE DE BODAS	Imperio Argentina
UN CABALLERO DE FRAC	Roberto Rey
EL COMEDIANTE	Ernesto Vilches
LUCES DE BUENOS AIRES	Carlos Gardel
ENTRE NOCHE Y DIA	Elena d'Algi
LOS QUE DANZAN	Antonio Moreno
LA DAMA ATREVIDA	Ramón Pereda
EL PRINCIPE GONDOLERO	Roberto Rey
CARNE DE CABARET	Lupita Tovar
MERCEDES	Carmelita Aubert
MELODIA DE ARRABAL	I. Argentina-C. Gardel
EL AGUA EN EL SUELO	Maruchi Fresno
ESPERAME	Carlos Gardel
UNA VIDA POR OTRA	Nacy Torres
DOCE HOMBRES Y UNA MUJER	Irene López Heredia
VIDAS ROTAS	M. Fresno-L. Tovar
LA DOLOROSA	R. Díaz- A. Godoy
TRES AMORES	M. Maris-J. Crespo
UNA SEMANA DE FELICIDAD	R. Rodrigo-A. Palacios
DALE DE BETUN	J. de Landa-A. Colomé
EL DESAPARECIDO	Rambal-Trini Moren
EL TANGO EN BROADWAY	Carlos Gardel
LA ULTIMA CANCION	Antonio Ortiz

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS".—Apartado 707.—BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado.
Franqueo gratis.

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

50 cts.

Los grandes éxitos de
la temporada 1934-35

150	PASO A LA JUVENTUD	Jean Kiepura
151	VOLGA EN LLAMAS	Albert Prejean
152	EL HIJO DEL CARNAVAL	Ivan Mosjuokine
153	DALE DE BETUN	Juan de Landa
154	TRAGICA ATRACCION	Harry Baur
155	¡ORO!	Brigitte Helm
156	LOS MISERABLES	Florelle
157	UNA SEMANA DE FELICIDAD	Tony d'Algy
158	BOLERO	George Raft
159	EL LAGO DE LAS DAMAS	Rosine Derean
160	CAPRICHIO IMPERIAL	M. Dietrich
161	EL DESAPARECIDO	Umbal
162	LA CASA DE ROTHSCHILD	George Arliss
163	LA BATALLA	Charles Boyer
164	LAS CUATRO HERMANITAS	Katharine Hepburn
165	LA PRINCESA DE LA ZARDA	Martha Eggerth
166	CLEOPATRA	C. Colbert
167	TRES AMORES	Mona Maris
168	NOCHES MOSCOVITAS	Harry Baur
169	LA DOLOKOSA	Agustín Godoy
170	NO SOY NINGUN ANGEL	Mae West
171	EL PEQUEÑO REY	Robert Lynen
172	EL ULTIMO VALS DE CHOPIN	Sybille Schimitz
173	DICK TURPIN	V. Mc Laglen
174	EL TANGO EN BROADWAY	Carlos Gardel
175	ENEMIGO PUBLICO NUM. 1	William Powell
176	CAMPEONES OLIMPICOS	Buster Grabbe
177	UN SECUESTRO SENSACIONAL	Dorothea Wieck
178	DOCE HOMBRES Y UNA MUJER	I. López-Heredia
179	VIDAS ROTAS	Maruchi Fresno
180	SU MAYOR EXITO	Martha Eggerth
181	¿QUE HAY NELLIE?	Paul Muni
182	EL BURLADOR DE FLORENCIA	Fredrich March
183	UNA FIESTA EN HOLLYWOOD	Laurel-Hardy
184	UN AMOR EN ESPAÑA	Brigitte Helm
185	LA MUERTE DE VACACIONES	Fredrich March
186	DIVINA	Ann Harding
187	CASINO DEL MAR	Cary Grant

UNA peseta cada número

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones completas previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.